



Humberto Díaz-Casanueva

En "Orfeo Negro", película hecha en Brasil por Marcel Camus, Orfeo bailaba durante la noche sobre una colina de Río para que saliera el sol. Pero muere Orfeo y un amigo suyo, hijo de los faros, toma su puesto y ejecuta la danza propiciatoria. Si no siguiera haciéndolo cada día, es probable que el mundo hubiera sido ganado por la Sombra.

Una vieja disputa de la filosofía recae en la existencia de las cosas fuera de la percepción del hombre. Qué en la realidad o, más bien, qué sería si no diéramos testimonio de ella. El más humano quisiera, si se halla en lo profundo de la vida escondido de nuestros ojos, es una realidad ociosa y la raya, una belleza que en rigor del hombre no existe.

La poesía de "Orfeo Negro" hace nacer el sol y nos dice que la realidad nos necesita. Tal vez habría que convenir en que bien pueden las cosas existir fuera de nuestro conocimiento, pero entonces sería con una existencia fría y muda. El sol... ¿brillaría para nosotros, se interesaría en los hombres si no lo propiciara el dios grego de la espera?

Estas son reflexiones en torno a la coexistencia del hombre con su medio, cada vez más natural, cada vez más necesitado de una mirada comprensiva que lo haga nacer para una existencia en plenitud. Una naturaleza en estado de gracia y no de mercancía.

Porque es un hecho que, aun si la atmósfera fuera respetada, rogaría de la mirada ante los hombres. Se ha nombrado la cosa, pero a no se reproduce una vez y otra la acción de consagrada apropiación, la cosa no sería. Cada hombre, cada persona, nombra el mundo y así lo está creando. Porque se moría a la Condição si sus donaires los pagaban con indiferencia.

Y cada hombre de poeta tiene como misión insoslayable someter todas las cosas y los seres, rebautizar los acontecimientos, describir cada cosa del hombre, enaltecer el amor que, si no, yacería en el polvo de muchos olvidados. Y someter los poetas interiores, las obsesiones que generación tras generación levantan ocultas en el mundo, hacer Virginia Propetia para que resalten los débiles párpados del hombre al peso del Tiempo.

Y es por eso que ningún tema está agotado y andan los adjetivos y los nombres en espera de que los trate la voz nueva. La del recién llegado a la Fiesta o el Dueto. Y es por las mismas razones que jamás un poeta será el definitivo, porque el hombre es inagotable precisamente en su infinitud. Millones y millones de seres inspeables han poblado y poblarán los espasmos: la Tierra y cada uno será único y singular de las fuentes, frío del sol, soledad del mar, pequeños del horizonte y urgencia del amor y las devociones.

Pero una misión del poeta es también servirlos. Fue el camino de nombrar a las cosas, hacer el sol de cada día, invocar el pan de todos, es revelado de las incógnitas del mundo, las contras de las almas, los destinos del Tiempo. Y el poeta debe asumirlos en silencio, hacer de ellos alimento que someterá a sus molinos interiores para devolverlos en belleza que encanta o hierve, exalta o devora.

Porque la raza del poeta, así como es la depositaria de la Gracia es también la que debe cargar en sus hombros el infinito Dolor. Va el hombre por el mundo buscando en su plenitud las dulzuras de la vida, sin otra ambición que ejercer la existencia como supremo tesoro. Pero las cruces en su camino, las ausencias en su morada, las modificaciones que el Tiempo impone a su sombra, le van notificando que todo es transitorio. Que si todo cambia y permanece es porque él mismo, y cada ser que ha alcanzado la feliz condición de Unión, ha de pasar. Y el hombre se rebela y allí el poeta recoge ese triste furor para que acepte el hombre su condición de pasajero. Para que la Muerte no le impida edificar su propio Tiempo, jugar como el Juego, transcurrir en sí mismo, colmarse de delicias, alargar su mano y coger los frutos, recoger la mejilla de las playas, hacerse uno con el mar o las lluvias, acercar el oído al prodigio de quien lo estuvo esperando para saberlo.

Entre esas voces que el Tiempo espera para que no se hunda todo en la Sombra, la de Humberto Díaz-Casanueva ha sido una de las más legítimas. La más estética en el rigor del ser.

Y porque le es dado al poeta cumplir la función del niño de Orfeo aun más allá de sus días terrenales, a un año de su repleto silencio ningún otro cómo hace nacer el sol para todos los hombres.

EL AVENTURERO DE SABA

Transcurre tu rostro a la sombra de su ausencia
A veces volaba algo hacia el lado del sur
La caída de la tarde
Dan vueltas los días como la rueda del molino en
Inglad
El ángel queda cubierto por dos párpados de
boyeros
Saltaban se anudan de la noche vuelta en los
cansinos
Veta parado venir el sueño y extendía las manos
El menor movimiento el permatismo sin suco
Y quedaba temblando
Siguen los trabajadores torciendo el agua en la
misma soledad
Supongo impaciente al río que mueve con furia

mis ruedas
Me asomo callado barquero de mi propia pena
adonde voy
como no más
Amanecer de nuevo y es en mitad de la vida
De mi despertar salen espantados los pájaros
Así es la vida saco de obstáculos para mis hom-
bres de nido
Sentado en mi orilla yo sin alabanzas y regreso
Ruego a por el acto de escape
En donde me laguna hizo conciertos en mi pecho
Puede mi boca soplar su lechitad
Esta vez el espejo de la muerte atajando mi rostro

De El aventurero de Saba.

ELEVACION DE LA SIMA

Tal vez porque estos repetidos sueños truen de la
nada esa piuma mía que todavía me tengo,
La unidad de mi ser me consigo aun a costa de su
propio destino.
Mi cabeza tuvo una salida que daba al mundo ba-
rro, pero cruces sueños me decapitan.
Y está temblando la blanca cera que insistentemente
junta al fuego busca leña.
Esto es el testimonio doliente del que no puede la-
brar sus formas puras,
Porque se lo impide su ser hecho de peligros y
cruel subreleño

A UN AÑO DEL SILENCIO

FERNANDO QUILODRÁN



OBRAS:

Un año de silencio (1993)
Voces y silencios (1991)
La vida en silencio (1991)
El silencio (1991)
El silencio (1991)
El silencio (1991)
El silencio (1991)
El silencio (1991)

El silencio (1993)
El silencio (1993)
El silencio (1993)
El silencio (1993)
El silencio (1993)
El silencio (1993)
El silencio (1993)
El silencio (1993)

A un año del silencio [artículo] Fernando Quilodrán.

AUTORÍA

Quilodrán, Fernando, 1936-2017

FECHA DE PUBLICACIÓN

1993

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

A un año del silencio [artículo] Fernando Quilodrán. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile